

sados (20 de mayo) suscribieron el «Acta de Santa Cruz» con el fin de institucionalizar definitivamente al nuevo subgrupo. Sin embargo, hay que señalar que estos nuevos intentos tienen pocas posibilidades de concretarse. En efecto, ya se observa la existencia de desavenencias dentro de ambos bloques, formados más en base

a identidades políticas (reformismo democrático en el bloque Andino y gobiernos fuertes y conservadores en los países de la Cuenca del Plata) que a auténticas posibilidades económicas. En estas condiciones, las contradicciones se acentúan y los progresos hacia la integración son, como era de esperar, simplemente verbales.

LA EVOLUCION, SEGUN SCHAFFNER

Los simios pueden salvarnos

«A la velocidad que vamos no podemos llegar más que a una autodestrucción pura y simple. En el "Bulletin of Atomic Scientists", una publicación muy seria, los científicos han calculado que las oportunidades de supervivencia total de la tierra son actualmente de doscientas contra una. Pero en veinte años, esas oportunidades no serán más que de diez contra una. Pienso que nadie, y menos aún un escritor, puede ignorar esto. Personalmente, no afirmo que la catástrofe va a producirse, sino que podría llegar. Todo escritor debe revelar la verdad, tal como la concibe». Estas palabras de Rod Serling, uno de los dos guionistas de «El planeta de los simios», sitúan con bastante precisión el clima moral, filosófico y crítico en que se desenvuelve la acción de la película. Por supuesto que «El planeta de los simios» es una obra de ciencia-ficción, pero tal encasillamiento no puede servir de coartada —como algún crí-

na, continuamente humillada por la raza dominadora. Resulta que el mono desciende del hombre: el hombre se encuentra en el último eslabón de esa escala evolucionista que ha generado, como resumen del progreso de la historia, el simio, «rey de la creación». Asistimos a un espectáculo alucinante, en el que todo está traspuesto. Los simios se han constituido socialmente de una forma muy similar a la de la raza humana en la tierra. También existe quien utiliza el poder para frenar el desarrollo del progreso. Superando la monstruosa contradicción, Taylor advierte que es difícil luchar contra un sistema que, según su experiencia «terrestre», está dispuesto a hacerle enmudecer. Sin embargo, hacia el final de la película comprendemos que los simios responsables quizá están tratando de evitar lo que una hipotética civilización humana ha destruido conscientemente... Y el plano final, uno



El tribunal de simios juzga al hombre.

tico ha pretendido— para estimar que se trata de un film intrascendente y de «evasión»: pocas películas ha producido el cine americano más «comprometidas» que «El planeta de los simios». Participa de la ciencia-ficción —del noble, honesto y desconocido género— en la misma medida que el excelente film de Kubrick, «Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú»: es decir, en la medida que es una aguda reflexión sobre el terror nuclear a partir de una historia aparentemente «imposible».

Pero conformarse con decir que «El planeta de los simios» es una parábola contra la amenaza atómica es minimizar su vasto contenido. El film de Franklin J. Schaffner —un nombre a tener muy en cuenta— es inquietantemente ambiguo y desesperanzador. Durante todo el curso de la narración asistimos a los esfuerzos de Taylor —Charlton Heston—, un hombre, un astronauta perdido en un extraño y desconocido planeta habitado por simios, para afirmar su dignidad huma-

na, continuamente humillada por la raza dominadora. Resulta que el mono desciende del hombre: el hombre se encuentra en el último eslabón de esa escala evolucionista que ha generado, como resumen del progreso de la historia, el simio, «rey de la creación». Asistimos a un espectáculo alucinante, en el que todo está traspuesto. Los simios se han constituido socialmente de una forma muy similar a la de la raza humana en la tierra. También existe quien utiliza el poder para frenar el desarrollo del progreso. Superando la monstruosa contradicción, Taylor advierte que es difícil luchar contra un sistema que, según su experiencia «terrestre», está dispuesto a hacerle enmudecer. Sin embargo, hacia el final de la película comprendemos que los simios responsables quizá están tratando de evitar lo que una hipotética civilización humana ha destruido conscientemente... Y el plano final, uno

de los momentos más bellos, más terriblemente emocionantes de toda la historia del cine, nos obliga a reflexionar sobre el alcance de esta parábola audaz e inteligente. Existen antecedentes literarios ilustres en la temática de este film. Desde «Antes de Adán», de Jack London, hasta «Guerra con las salamandras», de Karel Capek, hay toda una serie de libros que se interrogan sobre la existencia de civilizaciones paralelas a la humana, civilizaciones «mejores», que no han fundado su vigencia a partir de la guerra y la violencia. Quizá el libro más lúcido y original, dentro de esta tendencia, sea «Ciudad», la extraordinaria novela de Clifford D. Simak, en la que se ha inspirado directamente Pierre Boulle, el autor de la novela que ha originado «El planeta de los simios». Simak sostiene la tesis de que la civilización humana se ha desarrollado a impulsos de conceptos de guerra y destrucción («¿Han olvidado —escribe— aquellos años entre 1950 y 1970? ¿Han



—¿Qué quieres que te diga, John! Pues por abajo todo sigue igual... ¡Como siempre!...

EN PUNTO

art buchwald

¿QUE PASA CON LOS PADRES DE FAMILIA?

WASHINGTON.—Una junta de estudiantes distinguidos se reunió en la Universidad Weaving —"Inconstante"— la semana pasada para estudiar un tópico de actualidad: "¿Qué ocurre con los padres de familia?"

Cal Holden, de la promoción de 1970, expuso que la infelicidad y la inquietud atribuida a la mayoría de los padres podía ser achacada al hecho de que los estudiantes han sido demasiado considerados con ellos. "No nos hemos enfrentado a ellos —dijo—, les hemos dejado que nos compren automóviles y nos visiten y paguen nuestros estudios y nuestras vacaciones, y cuanto más les dejamos hacer menos manejables se ponen".

Mary Beth Lou, de la promoción 1971, estuvo de acuerdo, y declaró: "En cuanto se suprime el castigo uno echa a perder a su madre. Creo que los padres son mucho más felices cuando se les dice lo que se desea que hagan, en vez de preguntarles qué quieren hacer. Los padres son como niños. Necesitan disciplina. Tengo las más cordiales relaciones con los míos, porque en cuanto se salen de la raya se lo hago ver".

Dick Ducan, de la promoción de 1969, dijo: "Me parece que los padres tienen demasiado dinero para gastar y todo les resulta fácil. No tienen, por tanto, verdadero mérito. Creo que tenemos que culpar de ello a nuestra economía. Los anunciantes apelan todo el tiempo a los padres. Debido a su poder adquisitivo, éstos se sienten importantes y tienen una alta opinión de sí mismos. Creen ser el blanco de los anunciantes, que lo saben todo".

Sherry Cerf, de la promoción de 1972, fue uno de los pocos que estuvo en desacuerdo, diciendo: "Creo que estamos generalizando demasiado sobre los padres. La minoría de padres activistas ha desprestigiado a la mayoría. Creo que ésta es razonable y se interesa por muchas cosas. Por supuesto, tienen ideas anticuadas sobre las drogas y el sexo, pero cuando se trata de cosas serias yo los encuentro razonables".

Larry Masse, promoción de 1970: "Pienso que la incapacidad para comunicarse con los padres es una brecha que la que los estudiantes son culpables. Nunca preguntamos qué estarán haciendo los padres o a qué hora regresarán a casa. Cuando tratan de exponernos sus problemas los ignoramos. Nos parecen simples, pero para ellos son importantes. La mayor parte de los estudiantes malgastan tanto tiempo en manifestaciones y desafíos a la administración universitaria que no disponen de unas pocas horas para dedicarlas a sus padres".

Red Schaeffer, de la clase de 1971, no se mostró convencido y dijo: «Los sociólogos y psicólogos toman demasiado en serio esa confusión e infelicidad de los padres. Todos están confundidos y todos son infelices; por eso son padres de familia. En vez de hacerles caso cada vez que se quejan de algo deberíamos decirles: "Hasta que os vayáis de casa y os ganéis vuestra vida tenéis que aceptar todo lo que decimos y hacemos". Es inútil tratar de apaciguar a unos padres que, en primer lugar, no saben lo que quieren».

Herb Sargent, de la promoción de 1968, añadió: "Creo que tenemos que enfrentarnos al hecho de que, nos guste o no, los padres serán el mayor problema. Sugiero que formemos un grupo de estudio para conocer, primero, hasta dónde llega el descontento de los padres; segundo, qué remedios puede haber y, tercero, sugerir medios para canalizar el activismo adulto por senderos socialmente aceptables".

La propuesta fue unánimemente aceptada y la Fundación Ford acordó ayudarla financieramente.

(Copyright 1968, The Washington Post Co. Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

olvidado cómo permanecían despiertos de noche y esperaban la llegada de la bomba, sabiendo que nunca podrían volver a esperar si la bomba llegaba. Por eso, es razonable que una civilización, menos beligerante, prosiga la tarea. («Y Grant —nos cuenta Simak en "Ciudad"—, al fin de la historia, viendo que la tendencia a la destrucción es inherente a su raza, pone

el destino de la humanidad a cargo de Nathaniel.) Por supuesto, Grant es un hombre y Nathaniel... un perro. También Taylor, al final de la película, en ese tremendo y revelador plano, descubre su destino y no tiene más remedio que aceptar que otra civilización vaya en busca del suyo. La reflexión de Schaffner no es, en absoluto, ociosa. ■ J. G. D.

«CONTAMOS CONTIGO»

Mirando en torno con ira

Para el gran público, Tony Richardson sigue siendo el realizador de «Tom Jones», aunque no sea ésta su mejor película. Para muchos no es ni siquiera esto, sino simplemente el ex marido de Vanessa Redgrave. Richardson es, sin embargo, y pese a tratarse de un realizador muy discutido y muy discutible, uno de los nombres claves del cine británico actual, quizá el más importante de todos, excluyendo, naturalmente, a los americanos radicados en Inglaterra, que se llaman Joseph Losey y Richard Lester. A España ha llegado su obra fragmentaria y desordenadamente. «Mirando hacia atrás con ira», su primer film, adaptación de la obra homónima de John Osborne, se estrenó casi diez años después de su



TONY RICHARDSON

realización, cuando ya los ecos de aquella, que se representó en nuestros escenarios —cosa rara— en su momento, se habían apagado. «Santuario», su primera y no muy afortunada incursión en el cine americano, vio aumentada su confusión de origen por una serie de cortes que hicieron aún más incomprensible lo poco que quedaba del estupendo libro de Faulkner. «Tom Jones» sí llegó —casi— íntegra, y obtuvo un gran éxito crítico y popular. El resto es silencio. Ni «Un sabor a miel», descubrimiento de Rita Tushingham y adaptación de la pieza de Shelagh Delaney; ni «El querido difunto», adaptación de Evelyn Waugh; ni «Mademoiselle» —Jean Genet—, ni «El marino de Gibraltar» —Marguerite Duras—, ni «La carga de la brigada ligera» han llegado a nuestras pantallas. «La soledad del corredor de fondo» llega, por fin, con unos años de retraso...

Se trata, en este caso, también de una adaptación. La novela de Allan Sillitoe ha sido convertida en guión por el mismo y ha dado origen a la que, posiblemente, sea la mejor película de Richardson. Evidentemente, la película ha acusado el paso de los años, aunque éstos no sean demasiados. La constatación social en primer grado ha quedado un tanto sobrepasada; el influjo neorrealista que, hasta cierto punto, se acusa en el film,

está superado. Pero junto a lo que en él hay de testimonio directo hay otra vertiente, la más importante, que es la de crítica de unas instituciones y de un modo de vida alienatorio, de una sociedad en crisis que intenta «asimilar» a los elementos rebeldes por cualquier medio, generalmente por medios marginales al ambiente en el que realmente deben desenvolverse.

En «La soledad del corredor de fondo» se trata del deporte, concebido como medio de «elevación» artificial, en el mismo sentido en que en nuestro país podrían serlo los toros. Colin, un joven rebelde internado en un reformatorio, resulta tener gran disposición para la carrera de fondo. La institución en que se encuentra va a recibir, por primera vez, la visita de un equipo de una «public school» y su director tiene gran interés en «quedar bien». Colin, gracias a sus aptitudes deportivas, disfruta de una serie de tratos de favor. Y a la hora de la verdad, cuando tiene la carrera casi ganada, decide dejarse adelantar por su competidor de la escuela distinguida, como medio de poder seguir conservando su «independencia». Al final, cuando ha vuelto a ser el último entre los que trabajan en la fabricación de máscaras de gas, un himno convencional y exaltador de las virtudes «eternas» del país, que previamente hemos oído sobre imágenes de violencias infligidas a los acogidos en la institución.

El cine de Richardson es inseparable, en su audacia y sus limitaciones, del movimiento general de los «jóvenes en cólera». No sólo porque, de hecho, la colaboración entre los hombres de la Woodfall —la productora de Richardson, que ha lanzado a distintos hombres del nuevo cine inglés, de Karel Reisz a Desmond Davies— con escritores y autores dramáticos del movimiento ha sido continua, sino porque, en último término, los postulados de que parten unos y otros y las conclusiones a las que llegan son, esencialmente, los mismos. A esta escala, «La soledad...» es ejemplar. Sin que pueda llegar a hablarse de ruptura total con el cine tradicional británico —hay un exceso de bellas imágenes, de psicologismo—, sí se trata de una obra que, desde las mismas bases de aquél, las mina desde dentro, las pone en tela de juicio, y con ellas a la sociedad de la que han nacido. Parece ser que el último film de Richardson, «La carga de la brigada ligera», ha causado gran revuelo con ocasión de su estreno en Londres, al dar una versión por auténtica totalmente diferente de la que hasta ahora el cine había dado de aquel acontecimiento militar de la época colonial. Lo que probaría que la eficacia de este tipo de cine, polémico, ya que no revolucionario, sigue existiendo. ■ C. S. F.

REFORMA DEL NACIONAL DE CAMARA

Mario Antolin, nuevo director

Aún ignoramos una serie de datos fundamentales. Aún no sabemos cuál será el programa del reestructurado Nacional de Cámara, confiado a Mario Antolin y cobijado ahora en el Español, donde —según ha declarado

el Director General competente— llevará a cabo sesiones nocturnas.

Se alternarán estas funciones con las de la compañía titular, o, como en la etapa anterior al Beatriz, serán funciones únicas y espaciadas? ¿Habrá